

Prólogo.
Otro nuevo periodismo es posible

Antonio López Hidalgo

El periodista norteamericano Jon Lee Anderson ha afirmado que el éxito y la calidad de la crónica latinoamericana actual son comparables al *boom* literario que en los años sesenta y setenta sacudió a este continente con nombres, entre otros, como los de Gabriel García Márquez, Julio Cortázar o Mario Vargas Llosa. Un reconocimiento que no ha alcanzado ni a España ni al resto de Europa, porque, según este mismo autor, estos países andan sobrecargados y desorientados en el laberinto de sus propias crisis nacionales. Lee Anderson no se sorprende de que el periodismo latinoamericano indague en la búsqueda de nuevos recursos narrativos, pues los latinos son cuentistas y sus sociedades son muy orales, y no duda en afirmar que pronto el eco de sus voces cruzará las fronteras de este continente. Pero, tal vez, ese momento haya llegado ya.

En cualquier caso, el periodismo narrativo en América Latina vive al margen de los diarios, y encuentra su razón de ser en revistas impresas de vida efímera o en publicaciones digitales, pero siempre acaban buscando otra vida más prolongada en las páginas de los libros. Se habla mucho de crónica, y es cierto que se sigue cultivando la crónica. Pero más cierto aún es que estos autores indagan en las posibilidades de nuevas narrativas que les llevan a construir textos en primera persona, en los que estos periodistas empatizan con la realidad que diseccionan y describen, donde la diferenciación entre opinión e información es una raya en el agua que ni autor ni lector se atreven a enmendar, aunque quizás tampoco quieren ni son capaces de dilucidar. Estas nuevas narrativas son plurigéneros en los que

tienen cabida la crónica, el ensayo, el perfil, la entrevista o la autobiografía.

Previo a la propia escritura, el periodista investiga, se adentra en los acontecimientos con los que se siente comprometido e identificado. La inmersión, como consecuencia, se plantea como un paso anterior e ineludible. No quieren que les cuenten historias, prefieren vivirlas y recrearlas desde sus propias experiencias. Esta inmersión, como es lógico, condicionará la relación del cronista con los hechos que se propone narrar. Como consecuencia, este periodismo narrativo huye asimismo de la retórica de la objetividad —llamémosla también retórica del distanciamiento— que proponían los libros de estilo del periodismo tradicional, la tercera persona textual que impuso el telégrafo después de que este cableara todo el mundo con la inmediatez de la noticia. La subjetividad, como consecuencia, muerde los textos por cada esquina, porque al lector le interesa lo que sucede a los protagonistas de la narración, pero también quieren conocer qué ocurrió con los periodistas, por qué arriesgaron su pellejo en peligrosas investigaciones y por qué en sus frases también palpitan esas emociones que están desterradas de otros textos periodísticos.

Pero que tampoco nadie se confunda. Este periodismo narrativo que ha inundado América Latina de otra mirada, bebe del nuevo periodismo que fraguó en los años sesenta del pasado siglo en otra manera de contar la realidad pero, ahora, estos otros periodistas van más allá todavía de donde aquel periodismo no quiso o no supo entrar. Les vale el reportaje neutral de Truman Capote o de Gay Talese, la prosa loca y narcotizada de Hunter S. Thompson, las frases descarnadas del George Orwell de *Sin blanca en París y Londres*. Todo lo quieren para transformarlo en otro nuevo periodismo, un periodismo otro cuyo estudio, de manera taimada, comienza a ser de interés en las facultades de Comunicación en todo el mundo.

Martín Caparrós, Juan Villoro, Alma Guilmoprieto, Sergio González, Leila Guerriero, Gabriela Wiener, Lydia Cacho, entre otros muchos, son nombres de un periodismo que ha marcado la pauta con el inicio de este siglo y que quedará ahí,

a la espera de que el banquillo de los nuevos egresados de Periodismo de todo el mundo aprendan que la realidad es otra cuando se cuenta de manera diferente y con las herramientas precisas.

En el presente volumen, nueve profesores investigadores de distintos países —Estados Unidos, México, Venezuela, Chile, Brasil, Colombia y España— analizan este nuevo periodismo narrativo surgido en América Latina desde distintos ángulos. Una obra que no pretende otro objetivo sino el de sumarse a esta labor de investigación y difusión de estas nuevas narrativas que han comenzado a despertar el interés de tantos investigadores de la Comunicación en este y otros continentes. Un periodismo que es nuevo y renovador, pero que tampoco es aquel ‘nuevo periodismo’ de los años sesenta, sino que pretende ir mucho más allá en sus nuevas narrativas, mirar la realidad desde muy cerca —hasta que la subjetividad y la emotividad impregnen el texto de un acento diferente, consciente el cronista de que la retórica del distanciamiento tiene sus días contados en estas otras maneras de contar el mundo.

En «La inmersión en el periodismo narrativo latinoamericano. De la retórica del distanciamiento a la crónica autobiográfica», Antonio López Hidalgo muestra cómo la inmersión del periodista en los hechos que investiga lo lleva a implicarse en los mismos y a mostrar sus propios sentimientos y aspectos autobiográficos. Aspectos estos que el periodismo tradicional, fundamentado en la retórica de la objetividad y del distanciamiento, rechazó como método de trabajo. Sin embargo, no ha podido impedir que el periodismo del «yo» avance con pasos firmes. Y lo hace además innovando en estilo y en estructuras, en maneras diferentes de mirar la realidad y la vida. Desde hace más de dos décadas, el periodismo de inmersión y el periodismo encubierto —que nacen a comienzos del siglo XX—, multiplican hoy sus recursos y encuentran otros viveros de donde proveerse, como son el periodismo *gonzo*, el periodismo *border* o el periodismo *cash*. Todas estas modalidades cultivan la crónica de inmersión y, en todas, la confesión y la empatía son características inalienables que dan razón a su ser. El periodismo

narrativo resultante de estas investigaciones ha generado una escritura nueva y renovadora, en la que opinión e información se entremezclan y el género resultante es un producto híbrido que abarca a la crónica, el ensayo, el perfil, la entrevista o la autobiografía. Textos, en definitiva, en los que también interesa lo que piensa, siente y sufre el periodista.

Javier Darío Restrepo, en «La ética del cronista», enseña que en Colombia los jueces de Justicia y Paz, como reparación, ordenan que se levante un perfil de la víctima en el que se rescata la dignidad que los victimarios quisieron destruir junto con su vida física. Los escritores de esos perfiles se documentan y con ese material emprenden la redacción del perfil reparador. Los términos de la sentencia judicial ordenan una segunda reunión con la familia por si hubiera demanda de precisiones y correcciones. De este modo, la sentencia se tiene por cumplida cuando la familia se da por satisfecha con la memoria que el cronista ha rescatado. Conversando con estos escritores, este autor ha comprobado que estos activan los valores éticos necesarios para que su trabajo alcance los niveles de calidad que una pieza de este tipo debe tener. Sobresale, entre esas calidades, la urgencia de verdad. No por la verdad en sí misma, sino por el peso moral de compartir la verdad. Una segunda razón mueve al cronista: hacer al mundo más humano. Concluye el autor afirmando que el concepto de verdad es deshonesto cuando está inspirado por la voluntad de engañar. Y la mirada del cronista es honesta cuando traslada la visión a la inmensa patria de lo posible.

En «Periodistas/literatos: autoría, mercado y campo cultural», Patricia Poblete Alday argumenta que, en el actual contexto de renovación y auge de la crónica narrativa, se hace no solo posible, sino también indispensable, reflexionar acerca de sus condiciones de producción, distribución y recepción crítica. Así, su capítulo analiza la posición de la crónica y del cronista dentro del campo cultural/literario, focalizándose en tres momentos clave para el género: el modernismo, el *new journalism* de los sesenta y la época actual. En cada uno de ellos, la autora propone que la disputa por la legitimidad cultural

entre literatos y cronistas se ha situado en distintas arenas: la del mercado, la del estatus artístico y la de la academia, estableciéndose un juego de homologías entre el campo literario y el campo del poder, o el campo social en su conjunto. Todos estos aspectos, tradicionalmente excluidos de los estudios literarios, hoy resultan esenciales a la hora de estudiar piezas textuales tan permeables al contexto en el que surgen y que las posibilita, como las crónicas narrativas.

En «La crónica mexicana en los tiempos de la necropolítica», José Eduardo Serrato Córdova denuncia que desde el año 2000 —fecha de la transición democrática en México, hasta el día de hoy— el Estado fue cambiando aceleradamente desde una política marcadamente biopolítica hacia una necropolítica que para algunos intelectuales es el estado superior del capitalismo *gore*, en el que la empresa-nación es controlada por el narcotráfico, las mafias que manejan el tráfico de personas y por políticas mercantiles que convierten a las personas en objetos intercambiables. En este trabajo, su autor estudia las crónicas de periodistas que, como Sergio González Rodríguez, Lydia Cacho y Carlos Velázquez, narran la vida precaria de ciudadanos que se aventuran a retar al poder que administra la muerte y decide quién puede sobrevivir en los márgenes de la sociedad del bienestar.

Steven Bermúdez Antúnez, en «La argumentación emocional en el periodismo narrativo: persuadir afectivamente como relato del mundo», entiende que el periodismo narrativo ha supuesto una opción y una práctica con la cual hacer periodismo recupera dimensiones reveladoras. «Contar las historias» en las que se cuida la *forma* ha supuesto comprender la importancia de que el vehículo de transmisión apoye el contenido transmitido. El presente trabajo procura mostrar que, entre los recursos a los que apela este tipo de práctica profesional periodística, la argumentación emocional se presenta como foco y centro estructurador del mensaje. Las historias no solo se «comprenden», también se «sienten» y gran parte del éxito de su comprensión está, precisamente, en el proceso elegido por el productor para que nos afecten emocionalmente. Ba-

sado en esa premisa, se defiende la idea de que el mundo narrativo (como forma de relatar el mundo) y la argumentación emocional se constituyen como ingredientes imprescindibles dentro de este género. De este modo, estos son otros de los recursos literarios que el periodismo narrativo aprovecha de las ficciones literarias con la finalidad de consolidar su impacto social.

En «Periodismo de la complejidad latinoamericana global», Edvaldo Pereira Lima advierte que el siglo XXI está caracterizándose por cambios importantes en los modelos mentales que fundamentan la civilización contemporánea de origen predominantemente europeo, como en las Américas. Sus efectos sobre el periodismo son profundos. Para estar actualizado, en sintonía con las transformaciones en curso, el periodismo literario tiene el desafío de adicionar, a su rico arsenal de recursos narrativos y formas de captación de lo real, visiones de mundo compatibles con esta nuestra era en la que emergen los conceptos de complejidad, transdisciplinariedad y multiculturalismo. La propuesta brasileña denominada Periodismo Literario Avanzado, desarrollada por este autor desde la Universidad de São Paulo, reúne una experiencia de vanguardia en la cual se integran aportes conceptuales y prácticos provenientes de campos como la psicología humanista, la mitología, la neurología y la física cuántica.

Amber Workman, en «'Expats in the City': más allá de la mirada turística en la crónica urbana transnacional de cronistas latino-estadounidenses», asegura que, entre los cultivadores de la crónica de viajes y la crónica urbana en América Latina, figuran pocos nombres de escritores latino-estadounidenses. En décadas recientes, nuevas posibilidades por la movilidad geográfica y cambios en los motivos por la migración transnacional y en las concepciones de la identidad étnica-cultural, han llevado a nuevas generaciones de latino-estadounidenses a tener mayor interés en conocer América Latina y en cronicar sus experiencias en la región. Tomando en cuenta las características de la crónica de los primeros inmigrantes latinos a Estados Unidos, la crónica de viajes y la crónica urbana, junto

con los cambios culturales relacionados con la globalización, el capítulo analiza las crónicas de dos escritores latinos que documentan su experiencia de vivir en la ciudad de México: Francisco Goldman y Daniel Hernández (de origen guatemalteco-americano y méxico-americano, respectivamente) y también las crónicas sobre la capital mexicana de David Lida, un escritor de origen norteamericano. Las crónicas urbanas de Goldman, Hernández y Lida son interesantes no solo por tratarse de textos escritos por cronistas latinos contemporáneos —o norteamericanos autoidentificados como latinos, en el caso de Lida— sobre las cuales contamos con poco material crítico, sino que comparten características y —al mismo tiempo— se desvían de varias tradiciones cronísticas de Estados Unidos y América Latina. También las crónicas de los tres escritores rompen con lo que se conoce como la «mirada turística» (*tourist gaze*), un fenómeno íntimamente relacionado con la globalización y que se ha puesto de moda a partir de la segunda mitad del siglo xx, pues son textos que ofrecen una imagen de la Ciudad de México que pretende ser más auténtica y más balanceada gracias a las identidades híbridas y los intereses transnacionales de los escritores.

En el siguiente capítulo, titulado «Geografías de la crónica latinoamericana», Marcela Aguilar mantiene que la generación de Martín Caparrós, Julio Villanueva Chang, Leila Guerriero, Alberto Salcedo Ramos, Cristian Alarcón y Josefina Licitra, entre otros, ha modelado la crónica latinoamericana actual desde dentro —haciendo crónica— y también desde sus contornos: analizándola y poniéndola en contexto. Con temas y procedimientos narrativos propios, trazaron el camino que han seguido los nuevos cronistas. Entre los temas y motivos comunes de estos autores destacan los motivos geográficos y, entre ellos, la frontera constituye lo que Bajtín (1989) llama un cronotopo, una conjunción de espacio y tiempo que sintetiza una proposición central en un texto. El otro tema central es el de la verdad y sus múltiples dimensiones: la crónica es un género obsesionado con los límites humanos para acceder a los pensamientos y emociones de otros.

El último capítulo, de Dolors Palau-Sampio, titulado «Armar y afinar el relato. Diez autores desvelan las claves del proceso de investigación y escritura del periodismo narrativo», recoge las reflexiones de una decena de destacados periodistas latinoamericanos —Leila Guerriero, Juan Cristóbal Peña, Daniel Riera, Marcela Turati, José Luis Sanz, Josefina Licitra, Miguel Prenz, Javier Sinay, Rodrigo Fluxá y Federico Bianchini— sobre la esencia del periodismo narrativo y sus exigencias, que parten de un reporteo exhaustivo para conformar un relato atractivo y revelador. A partir de entrevistas en profundidad, inciden en las claves para escribir textos capaces de atrapar al lector con la fuerza de la mejor narrativa de ficción, desde su experiencia bregando con inicios que se resisten, puliendo rimas indeseadas, buscando senderos alternativos o tratando de conectar los ya previstos. Más allá de las singularidades, los periodistas abogan por diseñar una sólida estructura como paso previo a la escritura, destacan la necesidad de estar atentos a la música del relato y reivindican la importancia de una buena edición como garantía de calidad.